

IGNACIO ERRANDONEA S. I., *Sófocles y la personalidad de sus coros: Estudio de dramática constructiva*, Madrid, 1970, 240 págs.

Ejemplo típico del investigador científico que, a lo largo de casi una vida, va rastreando una idea hasta darle caza. En 1920 preparaba el jesuita español su tesis para optar el *Bachelor of Letters* en la Universidad de Oxford. Desde entonces, impresionado por una aseveración categórica de Aristóteles, comenzaron sus esfuerzos por sacar verdadero al Estagirita, frente a la común indiferencia de los eruditos del mundo clásico.

El punto de partida es el siguiente: afirma Aristóteles que en Sófocles el Coro es una persona dramática, y en Eurípides no lo es. En otras palabras, que en el poeta de Colono el Coro es un actor como los demás: "Al Coro hay que concebirlo como uno de los personajes, y que sea miembro de la pieza, y que luche con los demás en el conflicto dramático, según lo está en Sófocles y no lo está en Eurípides" (*A. P.*, 18, 8):

καὶ τὸν χορὸν δὲ ἓνα δεῖ ὑπολαβεῖν τῶν ὑποκριτῶν, καὶ, μῦριον εἶναι τοῦ ὄλου καὶ συναγωνίζεσθαι μὴ ὥσπερ Εὐριπίδῃ ἀλλ' ὥσπερ Σοφοκλεῖ.

Tal afirmación, que parece clara, presenta, sin embargo, un problema: si el Coro es un 'personaje', tiene que aparecer como dotado de sus cinco sentidos, "y de inteligencia y memoria y corazón y que se dé perfecta cuenta de lo que a sus ojos y a sus oídos va llegando a lo largo del drama, y que en ello sea consecuente y constante como los otros personajes que estén en sus cabales. Ha de ser en todo, en sus diálogos por medio del corifeo y en sus cantos y danzas, un miembro vivo del organismo vivo, de forma que su ausencia o sus inconsecuencias (que es lo mismo) sean acusadas y censuradas por el espectador consciente. Pero sobre todo debe *συναγωνίζεσθαι*, tomar parte en el conflicto dramático (*ἀγών*), y luchar en él, tener, por lo tanto, una meta que buscar concretamente, y aspirar a ella con los demás actores, quitar estorbos y gozar de que se avance hacia ella, y dolerse y forcejear cuando se le escapa de su alcance" (pág. 3).

La clave de la explicación estaría en la evidencia —si fuera posible— de ese personaje como tal, a través de las siete tragedias sofocleas que se conservan. Difícil empresa demostrarlo. Pero al fin, casi medio siglo de trabajos, indagaciones, "meditación asidua, afectuosa, apasionada, del texto original", han podido llevar al tenaz jesuita a concentrar en el presente libro una respuesta fresca y —estamos convencidos— segura. La obra, "encanecida en el trabajo como su autor" (pág. ix), se acabó de imprimir casi la víspera de su muerte. Pero es una obra nueva "en cuanto que aborda un tema que nadie ha querido tratar, al menos en forma constructiva, en los veinticuatro siglos que ha tenido de tiempo la crítica literaria, propuesta ya por Aristóteles a mediados del siglo iv antes de Jesucristo" (*ibid.*).

La tesis de Errandonea en Oxford (1922) se titulaba *Sophoclei chori persona tragica*, que fue publicándose por entregas en la revista holandesa *Mnemosyne* (1922, págs. 369-422; 1923, págs. 180-201, 197-326; 1924, págs. 27-60, 299-328, 405-412). Mas el autor no se contentó con esto. Siguió investigando. Y desde entonces no cesó de ahondar en el problema, porque muchos de los puntos tratados en su tesis le parecían "basados más bien en conjeturas y atisbos que en argumentos convincentes". Y escribió diversos trabajos de investigación personal relativos a su autor favorito — que sólo la muerte le arrebató de las manos el 18 de octubre de 1970 —: los cuales publicó en la revista mencionada, o en las españolas *Emérita*, *Razón y Fe*, *Estudios Clásicos*, *Helmántica*, *Revista de la Universidad de Madrid*, lo mismo que en *Philologische Wochenschrift* (Dresden), en el *Classical Bulletin* (Saint Louis, Missouri), en *Thesaurus* (Bogotá), además de una edición bilingüe que vio la luz en Madrid (1936-1968), y una traducción castellana de *Sófocles y su teatro* (Madrid, 1942), y *Sófocles, teatro completo* (1962), etc., y otras publicaciones en Méjico, Puerto Rico y Argentina.

Escribe en la edición de 1942:

Con todo esto iba la lectura afanosa en cuanto para mis investigaciones me podía ayudar en bibliotecas como la Bodleiana de Oxford, la del British Museum y la Vaticana los años que me tocó residir en Roma.

Pero sobre todo la lectura en griego, muchísimas veces repetida, de cada drama, de una sentada, en la celda, en el campo, en el tren, para recoger la impresión del conjunto, descubrir el pensamiento principal, intensificar la nota dominante y sorprender la clave dramática, familiarizarme cariñosamente con el poeta y captar las sugerencias del corazón, que suele tener más atisbos e intuiciones que la fría inteligencia; todo ello contrastado después en clase, cada año, con un grupo selecto de discípulos en Loyola, con amplia libertad para la discusión y vivo interés por la cooperación [págs. 5-6].

Desafortunadamente ni el vasto mundo de habla hispana se interesa por estos sutiles tópicos, ni el idioma castellano parece tener acceso a los eruditos del mundo clásico. Y así, las teorías audaces, nuevas o discutibles de Errandonea pasaron en silencio para los sabios extranjeros, hasta que traducidos al alemán, al inglés, al francés despertaron la simpatía o la crítica — a veces poco favorable — de los eruditos como Carrière, Weil, Romilly, Willen, Fitton Brown, C. M. Bowra, Stössl, Opstelten y otros.

He ahí el largo itinerario humano que ha culminado en *Sófocles y la personalidad de sus coros*, del octogenario humanista español.

Adentrándonos ahora un poco en el contenido, debemos retornar a la definición de Aristóteles. Que el Coro es todo o casi todo en el drama de Esquilo, relativamente poco en Eurípides y nadie en las tra-

gedias de Aristón, cualquier entendido lo acepta sin vacilar. Lo indica el propio Estagirita (*Poet.*, 18, 1456 a 25-30), y el pseudo-Aristóteles de los *Problemata* añadía que, en ocasiones, es κηδευτής ἀπρακτος· εὐνοϊαν γὰρ μόνον παρέχεται οἷς πάρεστιν.

Pero lo que Errandonea quiere demostrar en el presente libro es la verdad de la personalidad del Coro en el dramaturgo de Colono. "Si el gran Estagirita no nos hubiera planteado este problema, es muy probable que nunca lo hubiera formulado nadie en el correr de los estudios clásicos. Pero ahí está, escrita hace ya veinticuatro siglos, su afirmación, clara e innegable. Con todo, aún son muchos los especialistas en teatro griego, que le niegan al Filósofo no sólo la verdad de su aserto, sino aun el derecho de ser admitido a discusión" (pág. 2).

Se lamenta el autor de que hasta el presente ningún erudito de nota se haya convertido en "defensor consciente y eficaz" de Aristóteles, en este punto. La más sensible de las injurias — escribe — es "la del silencio, el olvido: índice del desprecio". Y cita grandes eruditos de Alemania sobre todo y de Inglaterra, que pasan por alto (Jones, Lesky) la sentencia aristotélica "acerca de tan grave problema", o se contentan con una alusión desdeñosa (Norwood), o la atacan abiertamente — y "los hay a granel" — considerando unas veces el Coro sofocleo como "personaje intermediario" (Helmreich), o reprochando a quien intente discutir el asunto, porque — escribe dogmáticamente el germano Rahm — "todo conato de descubrir relación alguna entre las cosas que canta el Coro y el drama debe ser calificado, sencilla y llanamente, de aberración exegética", o hablan del Coro con desenfado irritante: "Lo que el Coro dice [en *Electra*] no tiene ningún valor si se mira al contenido...", "El Coro es... un apéndice pesado...", "Eso de influir lo más mínimo con su vacía palabrería en las ideas de los actores, o de rectificar y orientar las apreciaciones de los espectadores, esas y otras semejantes ridiculeces jamás le han pasado por las mentes a ningún poeta trágico" (Kaibel)... Y así, otros gigantes de la erudición trágica. Lenguaje este que es para cortar las alas al más animoso investigador de no tener la tenacidad del jesuita vasco.

Recientemente, con todo, "se ha suavizado bastante el tono, y al tratar el tema se procede con más respeto al autor dramaturgo y al comentarador filósofo, y hay menos triunfalismo en el desprecio", quedando en boga todavía la "tendencia a desdoblarse la personalidad del Coro", el cual estaría a las órdenes del poeta para desempeñar dos misiones diferentes y alternas, "según convenga para la composición dramática" (Kranz, Weinstock, Reinhardt). Pero todos coinciden en excluir la auténtica personalidad del Coro sofocleo.

En consecuencia, Errandonea propone este dilema: o Aristóteles acierta, y yerran los modernos comentaradores, o éstos están en la verdad y se engaña el Estagirita. Naturalmente el autor escoge el primer tér-

mino, y va a aplicar dos clases de argumentos: pruebas *a priori* (Aristóteles conoce un número inmensamente mayor que nosotros de esas tragedias, domina la lengua griega, está empapado en toda la mentalidad helena — mitología, historia, poesía, tradiciones, festivales —; es el investigador preciso, el genio extraordinario por la exactitud y seguridad en formular sus ideas; habla en días en que esos dramas son aún representados; escribe un libro dedicado a esta materia, se lo dice a los atenienses...); y pruebas *a posteriori*, es decir, el estudio directo, concienzudo, paciente y minucioso de los Coros de las siete tragedias sofocleas, para ver de descubrir en ellas esa personalidad por la que “el Coro se muestre, siempre y en todos los avatares de la acción dramática, consciente, racional, consecuente y constante hasta el final de cada drama” (pág. 11).

Y nosotros, se pregunta el autor, ¿cómo le vamos a corregir la plana a Aristóteles, nosotros, con tan precaria preparación, con tan escasos medios, después de 2.400 años?

Así dispuesto, comienza el análisis de los episodios y cantos corales — párodos, estásimos, comos, hiporquemas, éxodos —, primero de *Ayante*, luego de *Edipo Rey*, *Antígona*, etc., con escrupulosidad y extraordinaria simpatía humana. No omite objeciones, dudas, interpretaciones o alusiones doctas. Todo revela no sólo severa erudición y conocimiento de la lengua griega sino profundidad, dominio y agudeza crítica, que sería imposible ahora seguir en todos los detalles.

Y por estos caminos llega a esta conclusión textual: “No es el Coro en Sófocles mero espectador; es verdadero actor. Tiene, claro está, las ordinarias cualidades positivas de un buen espectador, pero no está restringido y forzado a la inacción del espectador como tal. Ya lo hemos visto a lo largo de toda esta obra” (pág. 238). Y termina, como epígrafe diríamos del libro, con las palabras del Estagirita que dieron base a esta investigación de tantos años.

El libro de Errandonea — dramática constructiva — está llamado, merced en especial a la publicación simultánea de una traducción francesa (pág. xi), a desencadenar sabias controversias: a muchos parecerá audaz, pero irreductible en casi todos los aspectos; a otros bien cimentado, con algunas discrepancias tal vez en exégesis; a otros definitivo, con discutibles puntos de vista. Pero, de todas maneras, es una obra personal, profunda y plena de madurez¹.

MANUEL BRICEÑO JÁUREGUI S. I.

Universidad Javeriana, Bogotá.

¹ El Padre Errandonea murió a los 84 años de edad. Al terminar su prólogo *Al lector* dice estas palabras: “Yo no sé si para tal trabajo, paciente y aun pertinaz, cuento con la madurez que tal investigación requiere. Sólo sí puedo asegurar que madurez no la he de aportar mayor, si ella, como todo lo humano, está en función de la vida, y del trabajo consagrado a tal estudio”.